

POSTALES

Una, dos, tres, cuatro tarjetas postales. Hay que firmar en todas; estampar en cada una un pensamiento diferente. ¿Qué decir? Acaso el dibujo puede inspirarnos. En ésta hay dos gatos bebiendo leche en sendas cafeteras. ¿Diremos que la gracia tiene siempre algo de felino ó que es inútil azucarar las ideas, cuando no se puede llegar á su fondo? En esotra aparece Guignol ahorcado. ¡Buena ocasión para sentenciar que hay siempre una cuerda para la sátira, de la cual acaba por colgarse ella misma; ó que el público termina por ahorcar á sus ídolos y que lo peor es que tiene razón, porque, como todas las sibilas, adulan siempre á sus devotos! He aquí unas flores; pero ¿sobre qué pétalo no se ha escrito alguna vulgaridad? ¿Dónde está la flor que no encierra alguna metáfora chirle? Hay en esta flamante cartulina una mujer hermosa sobre cuyo seno tenemos que grabar algo melancólico,

como si esa no fuera la labor de siempre y existiera corazón femenino sobre el cual no hubiera escrito algún hombre una maldad ó un desencanto.

Podríamos escribir en todas lo mismo: que pedir autógrafos es arrojar un grano de plomo sobre la pesadumbre del talento. ¡Nuestro talento! Le hemos gastado, si lo tuvimos, en frivolidades, y ya vamos sintiendo la necesidad del ahorro. ¡Ahora, cuando hemos conseguido fijar la atención del concurso y creíamos que nos quedaban tantas cosas hermosas por decir!

*
* *

Agobiados por el trabajo, tal vez aniquilados por el pesar, nos sorprende la petición incómoda. No pocas gentes dicen una sandez, y firman como en una propia patente. Otras repiten lo que han dicho mil veces, cual la codorniz vuelve perdurablemente á la estridencia misma. Algunas devuelven la cartulina en blanco... ó no la devuelven. Estos son los avaros ó los coléricos. Para todos es, sin embargo un honor ser invitados á decir una frase que deba durar algo más que la hoja diaria, que puedan rebuscar ojos femeninos ó deletrear labios infantiles, aun cuando sea preguntando des-

pués:—*Mamá, ¿quién era este señor que tenía tan mala letra y que decía estas cosas tan raras?*

Allá van las tarjetas. Coleccionar autógrafos es, después de todo, más bello que guardar abanicos rotos, tabaqueras ó retazos de cortinajes. No se perderá todo, nuestra firma podrá figurar al lado de la de *El chico de la gorra* ó la del reverendo padre Peranzúlez. Ahora, los sellos. Paguemos la gloria y hasta mañana, en que diremos, sobre una calavera ornada de pámpanos, que todo se renueva, ó sobre una vista del presidio de Ceuta, que hay muchos forzados sin redención.

*
* *

No pocas veces he pensado que nuestro trabajo podría dejar de ser improductivo con la creación por la *Asociación de la Prensa* de un sello especial, cuyo importe se destinara á remediar algún infortunio y sin inutilizar el cual debieran negarse los asociados á firmar las postales. Esto tendría un inconveniente, se me ha dicho; hoy se nos pide sólo la firma, después se nos pediría la firma... y el sello.—Pues bien, contesto, no daríamos ninguna de las dos cosas. Pero, si alguna vez inutilizábamos aquel pequeño trozo de papel, nos sentiríamos sa-

tisfechos al pensar que la conquista de un modesto renombre había servido para enjugar las lágrimas de un niño ó acallar los sollozos de una mujer. ¿Que muchos firmarían sin tal requisito? Muy bien; pero colección de postales sellada sería un título á la estimación de su dueño, en vez de un timbre de avaricia. Lo fútil revestiría la púrpura de lo grande, y, siquiera una vez, la frase más vulgar tendría deijos y sonoridades de parábola. No pudiendo todos ser sabios, seríamos por igual bienhechores.

Es una idea, mala ó buena, desdichada ó feliz, irrealizable ó que puede ser llevada á la práctica, pero digna siempre de ser concretada sobre una cartulina postal, en que haya niños huyendo de la nieve, ó ancianas que imploran, ó seres felices que, viendo pasar el infortunio, le tienden los brazos.

*
* *

Una colección de tarjetas de las que ahora se llaman ilustradas, revela el gusto de su dueño y no pocas veces su carácter. Son un documento que conviene estudiar. Pocas gentes se fijan en esas colecciones de retratos, de vistas, de juguetes y barajitas que hay sobre los muebles de las casas que visitamos, y, muchas veces, por ellas pudié-

ramos adivinar, mientras su propietario aparece, lo que ha de contestarnos y aun el modo cómo nos ha de recibir. Allí, sobre los veladores y los pequeños estantes de laca, está retratada la sencillez ó la vanidad, la dulzura ó la soberbia, la ignorancia ó la cultura del visitado; y, al sentir después la presión de su mano, vigorosa ó débil, nerviosa ó fría, podremos decir: «Sí; tú fuiste quien adquiriste á alto precio aquel tigre en acecho ó aquellas ovejuelas de porcelana. Tú eres el mismo que colocaste el cisne de Leda sobre el *Año Cristiano*, ó depositaste, al lado de un busto de Meyerbeer, una sombrilla de papel ó una pandereta, en que hay dibujada una escena de toros.

Y nos engañaríamos pocas veces. Porque hay algo tan personal en la propiedad, sobre todo en la propiedad en que cabe elección, como es la de los objetos pequeños, que hace que en un tapete de *crochet* ó en una bandejilla de recoger ceniza, hallemos algo que recordamos claramente cuando, ya pasados los años, evocamos la imagen de alguien que fué para nosotros piadoso ó que hundi6 sin piedad un arma en nuestras entrañas. Recordemos á nuestros enemigos encarnizados, á los que nos causaron tristeza y dolor, y veamos si no viene á nuestra

memoria algún pequeño objeto suyo que pudo revelarnos á tiempo lo que era aquel carácter que pudimos estudiar fácilmente y que, por nuestro mal jamás conocimos.

*
* *

Firmemos las tarjetas postales; dejemos algo tras de nosotros y permitamos á nuestra personalidad mostrarse sin reservas. El día ha sido para nosotros trabajoso y sombrío. Después de la labor nos ha sorprendido el desabrimiento ó la fatiga. Nos sentimos tristes, enfermos, llenos de abatimiento. Pero allí, sobre nuestra mesa, satinada é impregnada de suave perfume, se encuentra la tarjeta postal, esperando la huella de nuestra pluma temblorosa y cansada. En ella hay niños, ó flores ó pájaros, ó beldades juveniles helénicas, ó lagos con cisnes, ó paisajes con horizontes luminosos; algo que invita á despertar y á vivir. Pongamos nuestra firma. Al contemplar un pájaro, creeremos escuchar las modulaciones de un tierno charloteo, como al ver dibujada una costa sentiremos sobre las sienas la aspersión de una brisa empapada en nieblas. Así, lo que firmamos es nuestro pasado, evocado un instante para que depositemos sobre él, con el fruto de la experiencia la fecunda semilla de la idealidad.

LA ALBORADA DE LA MERCED

Quise ver la velada. Me había figurado una fiesta alegre, ruidosa, que tuviera algo de aragonesa y musulmica, con punteados y rasgueos, coros y plegarias, con algaras de ferial y suntuosidades de templo; que oliese á pólvora y á clavelones levantinos, á tocado de mujer y á flor de naranjo. Y me encontré con calles oscuras, tortuosas, semidesiertas, sin más luminarias que las de los astros lejanos, ni otras parrandas que las que prelu-diaba el viento del Morrón y de Monteagudo al columpiar las ramas de los geranios en las rejas muzárabes.

Sobre el suelo, cubierto de finísima arena, discurrían inquietas sombras. En los balcones se adivinaban grupos de mujeres prendidas de adalias. Cruzábanse arriba oriflomas y gallardetes, pero sin color, como líneas medio borradas por la oscuridad de la noche, como encintados y nervios de una bóveda que no tuviese ningún creyente ni cobijase á ningún Dios.

Y llegó así la media noche. Me invadía una amarga tristeza. De aquella raza creyente y fanática no quedaba ni rastro; de aquel pueblo murciano, enamorado de la luz como la libélula y del estruendo como el tigre, no había ya señales. Todo estaba ya muerto, como sus maravillosas leyendas, como sus viejas y celebradas costumbres. El espíritu levantino no daba más de sí que oscuridad, silencio y duelo.

Sonó una campanada en la torre. Después otra, y al acabar de sonar las doce, el susto, el pasmo, la congoja, se disputaron en el corazón el lugar al asombro y á la admiración entusiasta. Fué algo primitivo, semibárbaro si se quiere, pero grande, atrevido, prodigioso. Súbitamente la calle convirtiése en un torrente de luz reflejada por millones de prismas, las campanas voltearon con toda la intensidad de su sonería, y un estallido horrible, inenarrable, apocalíptico, pareció estremecer el cielo y la tierra.

Más de doscientas atronadoras bombas y *doce mil* cohetes fueron disparados á un tiempo. El cielo parecía una red de fuego, y las bengalas con su luz rojiza convertían el arrabal en inmensa hoguera. Y como si aquel tremebundo estallido no saciara el ansia de aturdimiento loco de la muchedumbre, rompiendo en un fuego sólo compara-

ble al de cien baterías, por los bordes de los tejados corría la traca, reventando en dos mil explosiones como de calderas que estallan y de montes que se derrumban, sobre aquella muchedumbre, serena, sonriente, enamorada del peligro y la lucha, para la cual tanto y tan inusitado fragor era pequeño ante un solo latido de su corazón de gigante.

Deslumbrado, sobrecogido, como ante la súbita ignición de un volcán, sintiendo en la garganta anudarse la angustia y en las pupilas asomar el lloro, incapaz de resistir el cambio instantáneo de las tinieblas al deslumbramiento y del temeroso silencio á la explosión de la tempestad y del cráter, quedé incapaz de moverme durante un minuto. Y entonces miré. El templo estaba abierto y ardía en luminarias, el humo del incienso salía por sus puertas en azuladas nubes y un coro de niños entonaba la salutación del Arcángel. Y eran en las calles tantas las luces y los acordes, tan espléndidos los adornos y colgaduras y tan hondo el fervor, que allí todo era templo. Templo que se extendía hasta la misma huerta, sin que fuera posible decir á los labios dónde empezaba el dominio del hombre y dónde acababa el templo de la Divinidad.

Todo resplandecía, bombas de luz y arcos voltáicos, cirios y vidrierías, prismas y galas,

y ante aquel hormiguero de luces los huertanos descubriáanse con unción fervorosa, como en la nave de San Pedro los magnates al bendecir las palmas, y sobre sus cabezas desnudas, pendían guirnaldas de flores de cáliz inmaculado y níveo, como penden las campanillas de plata cincelada á buril en la procesión majestuosa de las andas del gran misterio.

Y cuando, al cerrar sus puertas el templo, la religión hubo cobrado su tributo de reverencia, al són de acordes músicas, bajo un túnel de luz y verdura, sobre la fina arena que parecía una alfombra de nereida neurótica, comenzó á pasear su andar majestuoso la innúmera falanje de mujeres hermosas, de aspecto helénico, de ojos como carbunclos é incomparable gallardía. Y entonces fué cuando, ante la contemplación de tanta sublime belleza y de tanta majestad subyugante, fué mayor el deslumbramiento, y el pecho, más oprimido todavía, precipitó su fuerte latir.

¡Ah, fiesta sin rival y sin precedentes. En tí vibra ese genio de la huerta murciana, que arranca en la noche su suspiro al cañaveral y dormita entre los naranjos y se ciñe con sandalias de rosas orientales y se alumbra con parrandas de estrellas. Dormida en el pasado, de que has de desper-

tar, obscurecida por impostores, detenida en la senda del progreso por explotadores y por tiranos, todo te lo perdono, región sublime. Y, atrasada ó moderna, envuelta en randas y ornada de caireles, con ímpetus arábigos é instintos guerreros, pero siempre arrogante y magnífica, como los genios que alzaron tu contraparada, como los fieros nómadas que dejaron su virilidad en tus surcos y acequias, con la bondad del ángel y el enloquecimiento de Satán, así te quiero, ¡oh, Murcia!

LA ALEGRIA ESPAÑOLA

—Lloramos demasiado—oigo decir á gentes que sólo ríen en el teatro ó en el café.—La lamentación es estéril y sólo propia de individuos y pueblos decrepitos. Si queremos regenerarnos, habremos de volver á la vieja alegría española.

¡La alegría española! Pero, ¿cuál? No será la de los soldados de la Reconquista, hambrientos, descalzos, arrastrados en manadas por el capricho de nobles y frailes. No será la de los moriscos y judaizantes, expulsados en turba y achicharrados en montón. No será la del tiempo de Torquemada, ni la del reinado del perseguidor de los comuneros y encumbrador de alemanes hambrientos y venales, ni la de la España de Felipe II, el rey sombrío, bajo el cual la nación entera vistió de luto. Menos podrá ser la de los siglos en que todo eran guerras y hambres y en que las lamentaciones de los pueblos eran tan grandes co-

mo las liviandades de la corte. Entonces, ¿cuál es la alegría española? ¿La del pueblo del monarca hechizado ó la de los autos de fe? ¿La que debió rebosar al perderse las posesiones de América ó la de los guerrilleros y cabecillas? Ciertamente, repasando la Historia del pueblo español, no se acierta á ver semejante alegría por ninguna parte.

Se cita á nuestros clásicos. Desde Jorge Manrique hasta el ocaso del Romanticismo, sólo podemos en ellos encontrar suspiros y lagrimoteos. Nuestro teatro es lúgubre y sus situaciones más oscuras resuélvense siempre, no con la ingeniosidad y la charla, sino con el cortante filo del acero. Los padres suspicaces, las damas histéricas, las dueñas gruñonas y los aventureros galanes prestan á nuestra dramática tonos sombríos, que apenas si acierta á disipar de vez en cuando el escudero con sus chanzas macabras. Cervantes podrá hacer reír á los niños y á los ignorantes; á los hombres les hace suspirar, porque en su obra hay el dejo amargo de un ideal siempre perseguido, pero que nunca puede alcanzarse; de la razón y la justicia siempre atropellada, siempre vencida y condenada perdurablemente á brillar entre el polvo y el cieno.

Descontado Vélez de Guevara, cuyo

fondo viene á ser el mismo, la decantada alegría española queda compendiada en Quevedo. Un gran escritor místico que escribió muy donosos y no siempre correctos chistes. Quisiera yo saber á qué quedaría reducida la alegría del gran satírico si se despojasen sus obras festivas de todas las reflexiones pesimistas de que, so capa de sátira, están llenas. ¡Triste y desventurada alegría española, que sólo encuentra intérprete en un místico, recluso en torres, perseguido en alcázares y perturbado en celdas.

Resta... la musa anónima, la que refleja el sentir de los más, la que de la mente del pueblo brota y en su seno caliente se conserva. ¿Dónde está la alegría del romance-ro? ¿Será en los lances y lloros caballerescos? ¿Hallaráse en las hazañas de *Mío Cid* ó en las congojas de Reinaldo y Gaiferos? ¿Estará en los amores gemebundos moriscos ó en los retóricos encomios á divinidades y santos? Nuestro romancero festivo es Quevedo. Toda nuestra alegría está en San Marcos ó en la torre de Juan Abad.

Las costumbres... Eso ya es otra cosa. No hay fiesta en que no se nos hable del purgatorio, ni holgorio que no haya de desfilar antes de expansionarse por el cepillo de las ánimas. Para contemplar el sol en los campos hay que ver antes siempre los sie-

te dolores. Después, la diversión de los españoles es siempre el coso. El coso, en que arde el encamisado ó hunde la res el asta en el vientre sangriento del caballo ó del lidiador. Tenemos, además, las fiestas de pólvora, que rememoran luchas y evocan instintos guerreros. Fuera de esto, sólo quedan los cantos mudéjares que parecen lamentos y quejas, y en cuyas palabras evócase siempre la imagen de la madre muerta ó la del amor imposible. La alegría meridional es así: un fantasma que se desvanece entre el humo de los altares y el perfume de los naranjos.

Y en todas esas fiestas fulge siempre algo que no es emblema de alegría ni de bienestar; la navaja. La navaja tembladora y cobarde, que hierde á mansalva entre una susurrante frase de amor y la cadencia de una saeta dedicada á la Virgen. La navaja que lleva grabado nuestro grito de júbilo, el *jolé!*, como si todas nuestras venturas, todas nuestras alegrías y regocijos, debieran para ser españolas, recubrirse con sangre.

Hermosa es la alegría. La sana, la que nace de la tranquilidad de conciencia y del sosiego del corazón. Así se nos puede hablar de alegrías clásicas en los pueblos que sacudieron el yugo del error, la imposición de la tiranía, el grillete de la barbarie. Hablar-

nos de la tradicional alegría española, es olvidar lo que fuimos y lo que somos, repetir un tópico desacreditado y vulgar, y no percibir el gemido de la cantadora bajo el repiqueteo de las castañuelas.
